

SOR TERESA, LA ADIVINA

Cinco días después de la brillante y elegantísima inauguración de su residencia en la Colonia Roma, como fue descrita en las páginas de sociales del periódico Excélsior del día 15 de mayo de 1945, la familia Méndez Cordero reanudó sus tertulias que celebraba cada viernes, con excepción del mes de julio que pasaban en su natal Uruapan.

Para Doña María Encarnación, mujer de 45 años de edad, la fiesta anterior representó molestias sin fin. Ella quería que viniera solamente el cura a bendecir y punto. Si aceptó fue sólo para darle gusto a su marido, Don Ignacio Méndez, que la convenció diciéndole que asistirían políticos de alto rango y comerciantes con los que él tenía mucho compromiso. Ellos eran los que le habían ayudado a ser quien era, y si tenían esta casa era gracias a todos ellos. Acuérdate, le dijo, cómo vivíamos en Uruapan, aparte de la casa pueblerina no teníamos nada, ahora, agregó, señalando la sala, tenemos esta sala estilo francés Luis quién sabe cuántos, este candil de veinte luces de Venecia, el comedor Chipendale. ¿Y qué me dices de todas las estatuas de bronce y las pinturas que adornan nuestras paredes? Y eso para no hablar de las vajillas, de los juegos de cubiertos, de tu Pontiac y de mi Packard. Afortunadamente mandé hacer grande el garage, concluyó, para que quepan esos dos autos y otros más si quisiéramos y no para guardar caballos como en Uruapan.

Doña Encarnación contestó que sí, que todo era bonito, pero que ella extrañaba su casa con sus dos patios, sus enredaderas, sus arcos de cantera, su grandes árboles, el que la despertaran los cantos de los pájaros o las campanas de la iglesia cercana. Aquí, dijo, lo que me despierta son las bocinas de los autos.

Acuérdate, le comentó, de nuestros paseos por el campo, la vuelta a la plaza, el sentarse frente al balcón y ver pasar la gente. Aquí, señaló, las ventanas están en un segundo piso, y por si fuera poco, mandaste poner esa reja tan alta y tan llena de plantas que me da la impresión de estar presa. Allá, continuó, con cualquier pretexto podía ir al mercado a comprar cinco centavos de cilantro, aquí todo está lejos. Para ir a la iglesia tengo que llamar al chofer

Ya molesto su marido le ordeno callar, no sabes lo que dices, le aseguró, para continuar diciéndole que muy rápido se le olvidaban las cosas. ¿ No eras tú, le preguntó, la que siempre se quejaba de aburrimiento, de que no había agua, que no había nada que comprar, que la gente era chismosa? Cuántas veces me hiciste llevarte a Morelia, recordó, o traerte a la capital, para tus compras, para que vieras a un doctor pues lo de allá nada servía. Aquí tienes todo, le aseguró, agua con sólo jalar la cadena, médicos por montón, cocineros y recamareras que si saben hacer lo que les ordenas. Aquí no te hace falta nada y vives mejor que una reina.

Perdóname, dijo ella en voz baja, creo que tienes razón. Reconozco que lo de aquí es mejor, pero la verdad es que no me acostumbro a estar sola todo el día metida entre estas paredes. Allá, señalado con los ojos, como si estuviera a la mano, era diferente. Tú estabas en casa, manejando tus negocios, al campo íbamos juntos, juntos comíamos, desayunábamos y cenábamos. Tú te juntabas con tus amigos en la tarde y yo con mis amigas. Si alguien quería vernos nos visitaba en la casa. Ahora todo el día estás fuera con tus compañeros, comes y cenas en quién sabe dónde, la mayoría de los días llegas de madrugada, si vamos a alguna cena te separas a platicar con los demás hombres y a mí me dejas con ese montón de mujeres que hablan de joyas, de criadas y de lo caro que está la vida. Prometiste asistir a mis tertulias los viernes, donde ya sabes, vienen todos los matrimonios de

Uruapan y de otros lados de Michoacán que viven en la capital y ya van varias veces que me dejas plantada.

Pero mujer, replicó Ignacio. ¿ No te das cuenta que todo lo hago por ti? Si no aprovechamos esta época de fin de guerra en que los gringos nos compran todo y en que yo tengo amigos que me ayudan después nos tendríamos que arrepentir. Con el dinero, aparte de esta casa, que yo hubiera preferido comprar en las Lomas pero que lo hice aquí para darte gusto, podremos tener ranchos en Michoacán y construir varias viviendas para rentar.

Las Lomas están lejísimas, aseguró ella, nadie se va a ir hasta allá. Si aquí me siento sola imagínate en esos cerros. Ni loca.

Vas a ver cómo en poco tiempo ese lugar va a ser el más caro, pero bueno, yo por lo menos voy a comprar algún terreno allá. Y también en la Anzures. Tú puedes seguir en tu calle de Puebla. Esto último lo dijo molesto.

Doña María Encarnación sin decir nada se puso a llorar, quedamente, discretamente. Cuándo el marido le preguntó que qué demonios le pasaba ella lloró más fuerte. Me han dicho, dijo mirando el piso, que tienes una amiga y que le pusiste una casa en la Juárez. Yo por supuesto no lo creo, agregó. Para evitar que sigan hablando, te ruego que asistas a mis tertulias de los viernes, no quiero que siempre me vean sola. Además, continuó, este fin de semana viene la madre Teresa, que es una buenísima persona y que además tiene una maravillosa facultad para adivinar el futuro. Ella fue la que ocho días antes de que lo asesinaran, pronosticó la muerte del general Obregón. Por sospechosa la encarcelaron unos días, pero después probaron su inocencia. Júrame, volvió a pedir entre llantos, que no faltarás. Además va a venir Doña Chole Martínez Barajas, que ya ves lo presumida que es, y sólo por tener la tienda de Uruapan y tres casas. Ella fue la que me quitó de la mesa directiva de los festejos de nuestra parroquia cuando era

presidenta. Quiero, le pidió, que le cuentes tu amistad con el gobernador y con el señor obispo.

El viernes Doña Encarnación escogió con cuidado su ropa; el negro me va bien, pensó, me hace lucir más elegante y más delgada. Además mi juego de perlas luce mucho. Mentalmente pasó revista de sus invitados y pensó dónde acomodarlos. Al General López Escutia, a su esposa y a su cuñada los podía acomodar en el sofá grande de la sala. Al cura Martínez en un sillón cerca de Manuelita Tenorio. En el otro sillón acomodaría a la viuda de Hernández junto a los Peniche. Los Sotomayor junto a Clarita, a la chocante de Doña Chole y a su dócil marido en las sillas incómodas, lo más lejos de Sor Teresa para que no pueda oír bien. Mi marido, la monja y yo, junto a la chimenea, en el centro de la reunión.

A las cinco en punto llegó el primer invitado, el General con su esposa y su cuñada. Minutos más tarde la viuda Hernández y los Peniche que después de chulear a la anfitriona y a su casa pasaron a acomodarse.

Mas claro no puede estar, ¿desde cuándo pronostiqué la derrota de los alemanes? Se preguntó y en seguida se contestó a si mismo el general. Hace más de un año se los dije en una reunión como ésta. Las tácticas alemanas fallaron en todo: en lugar de enviar su aviación y sus tanques a combatir a los americanos y a los rusos...Aquí hizo una larga pausa para continuar puesto de pie. Yo, como general, igual a cuando combatí contra Pancho Villa, ese bandido y asesino, hubiera utilizado la artillería. Yo, mí, a mí, personalmente, en mi caso, eran las palabras con las que afirmaba poder derrotar no sólo a Hitler sino a todos los japoneses y alemanes juntos, para no decir los italianos que no tendrían nada que hacer junto a él.

Sólo la llegada de Sor Teresa contuvo el torrente de palabras del general. Hombres y mujeres se levantaron a saludarla y a ofrecerle sus asientos o un lugar

cerca de ellos, pues quién más quien menos, querían acapararla para que les predijera su porvenir. Diplomáticamente Doña María Encarnación consiguió, tomándola del brazo, conducirla a la silla que había colocado junto a la suya. Ordenó a las sirvientas, después de un rato de conversación general, que sirvieran los bocadillos, el pastel y las bebidas. Doña Leonor platicó que su marido iba a comprar un cuadro de Diego Rivera por mil pesos, una india con flores, afortunadamente me di cuenta a tiempo, dijo, y logré que comprara la reproducción de Murillo. Salió un poco más cara pero no importa, eso si es pintura, aseguró. .

La llegada del Senador Montemayor, con la querida de turno, interrumpió nuevamente la conversación. Sin casi saludar se dirigió a la monja y solicitó dos sillas para sentarse junto a ella. El, que todo lo arreglaba con influencias, con dinero, y de ser necesario, con la fuerza, tenía una gran fe en todo lo que fuera magia, adivinación o espiritismo. Hacía tiempo que deseaba conocer y consultar a Sor Teresa, pero por varios motivos no le había sido posible.

Doña María Encarnación, parada en medio de la sala, pidió silencio para anunciar que entre ellos se encontraba Sor Teresa del Niño Jesús, la que a continuación iba a comunicarles las sorprendentes revelaciones que había tendido días antes. Suplicó a todos sus invitados, por indicación expresa de Sor Teresa, evitar hacer preguntas, ya que no podría contestarlas. Que al final se iba a pasar una bandeja para recoger una limosna para el convento al que pertenecía la monja. Lo que sea su voluntad, añadió.

Buenas noches, amados hermanos míos, empezó a decir la monja con voz clara pero de poca intensidad, Dios, nuestro señor, me concedió el don de conocer algunos hechos por anticipado, seguramente con el fin de estar preparados moral y espiritualmente para recibirlos como es la voluntad del Señor. En efecto, continuó, hace aproximadamente una semana tuve una terrible revelación durante el sueño,

tan espantosa que me desperté sobresaltada y tuve que recurrir a la superiora del convento para tranquilizarme. Al día siguiente consulte al cura, al párroco y finalmente al Obispo, a los que les relaté mi experiencia. Gracias a Dios lograron con sus bellas palabras calmarme. Es posible que todo esto que cuenta sea verdad, me dijeron, pues los designios de Dios son inescrutables, pero también puede tratarse de un mal sueño, de una pesadilla. Al pedir autorización para relatar a otras personas lo que había soñado, me la concedieron, pero con la condición de que explicara, como acabo de hacer, que puede tratarse de un mal sueño y no tener nada que ver con la realidad futura.

Ya para este momento todos estaban sentados en el borde de sus asientos y apenas respiraban. La monja con una leve sonrisa siguió su relato. “A diferencia de otras ocasiones en que he tenido la suerte, o la desgracia, de tener revelaciones, esto según el tipo de ellas, que me fueron dichas por voces que me hablaban al oído, en el sueño no hubo tal, sino que se me presentó ante mi vista un periódico, el Excelsior de esta ciudad fechado en abril del año 1995, cincuenta años delante de la fecha actual. Lentamente, dando tiempo para que lo leyera con cuidado, fueron pasando una a una todas su páginas, al terminar quedé extenuada, no tanto por lo voluminoso del material, sino por su contenido. Como ustedes comprenderán es imposible recordar tanto dato, y eso que al despertar anoté en esta libreta lo más importante o lo que más me impresionó. La monja suspendió su relato para ponerse los lentes, sacar la libreta y mostrarla. Varias páginas del periódico hablaban de deportes, relató, de fut ball, de caballos, de toros, muchos otros desconocidos para mí. Nada de eso me interesó. Lo que me llenó de congoja, y me causó serios conflictos morales, fue todo lo demás. Ojalá, como dijo el señor obispo, sólo sea una pesadilla, pues de lo contrario no sé lo que va a ser de nosotros, de nuestra fe, de nuestras costumbres.

Al llegar a esta parte se le veía cansada, con una palidez casi cadavérica que era más acentuada en ella al no usar colorantes. Sus ojos demostraban miedo. Los asistentes la miraban atentamente, alguno se contuvo para no preguntar, otro se torcía las manos, otro se rascaba la nariz, un más movía rítmicamente, y cada vez a mayor velocidad, la pierna; el de más allá fumaba sin descanso un cigarro tras otro. El general limpiaba una y otra vez sus gafas, Cada uno quería interrumpir a la monja y pedirle que fuera al grano, pero sabía que si lo hacía corrían riesgo de que ella se interrumpiera y ya no continuara como había hecho en otra ocasión. Muchas páginas, siguió ella, estaban llenas de crímenes, de hijos que matan a su padres, de mujeres que matan a sus esposos, de niños que roban para drogarse, de mujeres que explotan a otras mujeres. Peor aún, una nota describía a una banda que robaba niños y niñas para prostituirlas. ¡Algo espantoso! Es como ya estar viviendo en el infierno. ¡Qué horror! Se atrevió a decir Doña Lucrecia. Pero vienen cosas peores, vaticinó la monja. Hay varias hojas dedicadas al cine, a algo llamado televisión y al teatro. En todos los anuncios aparecen hombres y mujeres desnudos, y ojalá y esto fuera todo, hay avisos donde se ven a dos hombres desnudos abrazados, a varios hombres desnudos tomados de la mano. Y lo qué dicen esos anuncios: “ amores pervertidos”, “ el otro amor”, “ vea los más bellos cuerpos masculinos”, “pieles que se acarician”, “ el tercer sexo es real”. La monja avergonzada por lo que acababa de decir guardó silencio. Todos se veían a las caras como si lo que acaban de oír no fuera posible. En un momento dado todos hablaban al mismo tiempo. “Eso jamás llegará a suceder” “Si así fuera el mundo tendría que acabarse”, “ Eso no lo permitiría nadie, ni siquiera los de izquierda” “ Iríamos todos juntos a quemar el periódico”

A diferencia de lo que dicen los políticos, continuó la monja, esta no es la última guerra. Después de esta han existido guerras en Vietnam, en Corea, en

Europa, en Africa, en América. Millones de gentes matan a otros millones. Las personas tienen que emigrar de un lugar a otro. El hambre mata más que los hombres. Se producen terremotos, huracanes, inundaciones, incendios que matan y destruyen.

Si así fuera, el mundo quedaría vacío, sin hombres, sin mujeres, sin niños, se atrevió a decir la mujer del general. La monja se le quedó viendo antes de agregar: para fin de siglo el mundo tendrá varios miles de millones de gentes. Esta ciudad, ahora de menos de un millón, para fin de siglo tendrá más de treinta millones.

Ahora todos empezaron a sonreír. Supieron que lo que estaba contando la monja era un sueño loco y como tal habría que tomarlo. Ya relajados siguieron escuchando.

Nuestra moneda se devaluará una y otra vez. Los centenarios llegarán a valer miles de pesos. Aquí sí no pudo contenerse el general. De pie le preguntó a la monja que si un solo centenario o una caja de ellos. La monja, quizá nerviosa por lo que le faltaba decir, contestó sin molestarse. Uno por tres mil pesos. Con tres mil pesos te compras un auto, un terreno, joyas y muchas otras cosas, dijo doña Lucrecia, en voz muy baja, a su vecina. Con diez centenarios me pudo comprar una casa. Después sonrió divertida.

No quisiera continuar, dijo Sor Teresa, ya que lo demás me duele. Lentamente se levantó de su asiento para retirarse. Todos se le quedaron viendo y casi en coro le suplicaron que continuara. La monja dijo que estaba bien, pero que iba a pasar la caja para recibir la limosna, que después seguiría. Así se aseguró que todos dieran mucho más de lo que pensaban con tal de retenerla.

Ya nuevamente en su lugar consultó su libreta para continuar. Dije, afirmó, que lo que sigue me duele y si se los relato es para evitar que algún día sucedan estas cosas. El periódico habla de sacerdotes que se casan, de otros que violan

niños, de dos obispos mexicanos comunistas que están levantados en armas contra el gobierno, de que a un Papa lo asesinaron, de que en un convento encontraron fetos enterrados...La monja silenciosamente se puso a llorar. Todos se veían unos a otros sin saber que hacer o decir. La monja sacó un enorme pañuelo blanco, se limpió los ojos y las narices para volver a tomar la palabra. Desesperada busqué algo alentador, algo que me hiciera esperar el futuro con esperanza y no con miedo. No encontré nada. Nada espiritual. Material había mucho: aviones que llegan a Europa en pocas horas, un hombre que llega a la luna, teléfonos que puede uno llevar en el bolsillo, discos pequeñísimos que contienen varias sinfonías o películas, unos aparatos llamados computadoras que te comunican en segundos con cualquier lugar del mundo, máquinas para todo.

Siga, le suplicó el senador Montemayor, lo que usted dice es interesantísimo, aunque imposible.

Eso espero, dijo la monja, que sea imposible. Por curiosidad anoté los precios de las comidas y bebidas. Una botella de tequila costará más de cien pesos, un refresco, de los que nos cuestan cinco centavos, costará ocho pesos, la carne estará a setenta o a ochenta pesos el kilo, un vestido de mujer, en el Palacio de Hierro costará dos o tres mil pesos y un traje de hombre llegará a costar hasta siete mil pesos.

Todas estas cifras dichas por la monja sin separar la vista de su libreta, en lugar de espantar, causaron gran regocijo, la mayoría sonreía pero no faltó el que ya se puso a reír abiertamente.

La monja continuó dando cifras. Un metro de terreno en las Lomas, en la Anzures o en Polanco costará cinco mil pesos. La ciudad de México llegará hasta el Ajusco por el Sur, hasta delante de la Villa por el norte...Se anexarán a la capital varias poblaciones vecinas como Xochimilco, Coyoacán, San Angel,

Azcapotzalco, Nativitas. Las rentas de las casas llegarán a costar veinte mil o más pesos por mes. Un solo cuarto de renta alcanzará la cifra de mil pesos o más.

Todos rieron. La monja continuó. Se venderán botellas con agua en todos lados, cada una costará seis pesos o más.

¿Se venderá el agua embotellada? ¿A seis pesos? Mucho más que lo que cuesta llenar un tinaco de agua. Ahora sí ya la risa era franca y no sólo de uno sino de todos. La monja indignada cerró su libreta, tomó su caja y sin decir nada más salió seguida de la anfitriona.

Como un resorte todos los invitados se pusieron de pie para reunirse en un círculo pequeño. Todos reían. Uno decía que sus centenarios iban a costar tres mil pesos, que con los quince que tenía bajo su colchón ya podría comprar el Castillo de Chapultepec. Doña Chole afirmó que iba a vender su tienda de Uruapan y sus casas de México y con los miles que le dieran se iba a comprar también un castillo, pero en Europa. Cuando Doña Encarnación regresó toda compungida vio a sus invitados que se retorcían de risa. Ya no decían frases enteras, sólo bastaba decir algo concreto: la carne a ochenta pesos, un metro de terreno a mil pesos, un vuelo a Europa en pocas horas, un hombre en la luna, un obispo comunista, que anuncios con hombres desnudos...para que todos se rieran a carcajadas. Doña Encarnación, pidió perdón, dijo que ella no se imaginaba...No la dejaron terminar. Todos aseguraron que esta había sido la velada más divertida en toda su vida, que invitara nuevamente a Sor Teresa para la siguiente, que querían traer a familiares y amigos para que la conocieran y se divirtieran tanto como ellos. Doña Encarnación, ya igual de contenta que todos, confesó que la monja le aseguró que su marido se iba a ir con otra mujer. Rió y con ella rieron todos, el que lo hizo más fuerte fue el marido de la mujer. ¡Ah que Sor Teresa tan simpática! Dijo riendo.

La monja llegó a su convento, contó las limosnas y se dijo que con ellas podía comprar alimentos para sus niños pobres por muchos días. Poco importa si me creyeron o no, se dijo para sí. Ellos serán los que paguen las consecuencias. Ellos o sus hijos. A mí nunca me falla lo que digo. Esto lo pensó mientras metía el dinero en una vieja cartera de cuero.

Doña Encarnación simplemente sonrió cuando la monja, antes de irse, le dijo que había soñado con la muerte próxima de su marido, Don Ignacio Méndez. Que iba a morir en casa de su amante.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1999